3 1761 06566984 8

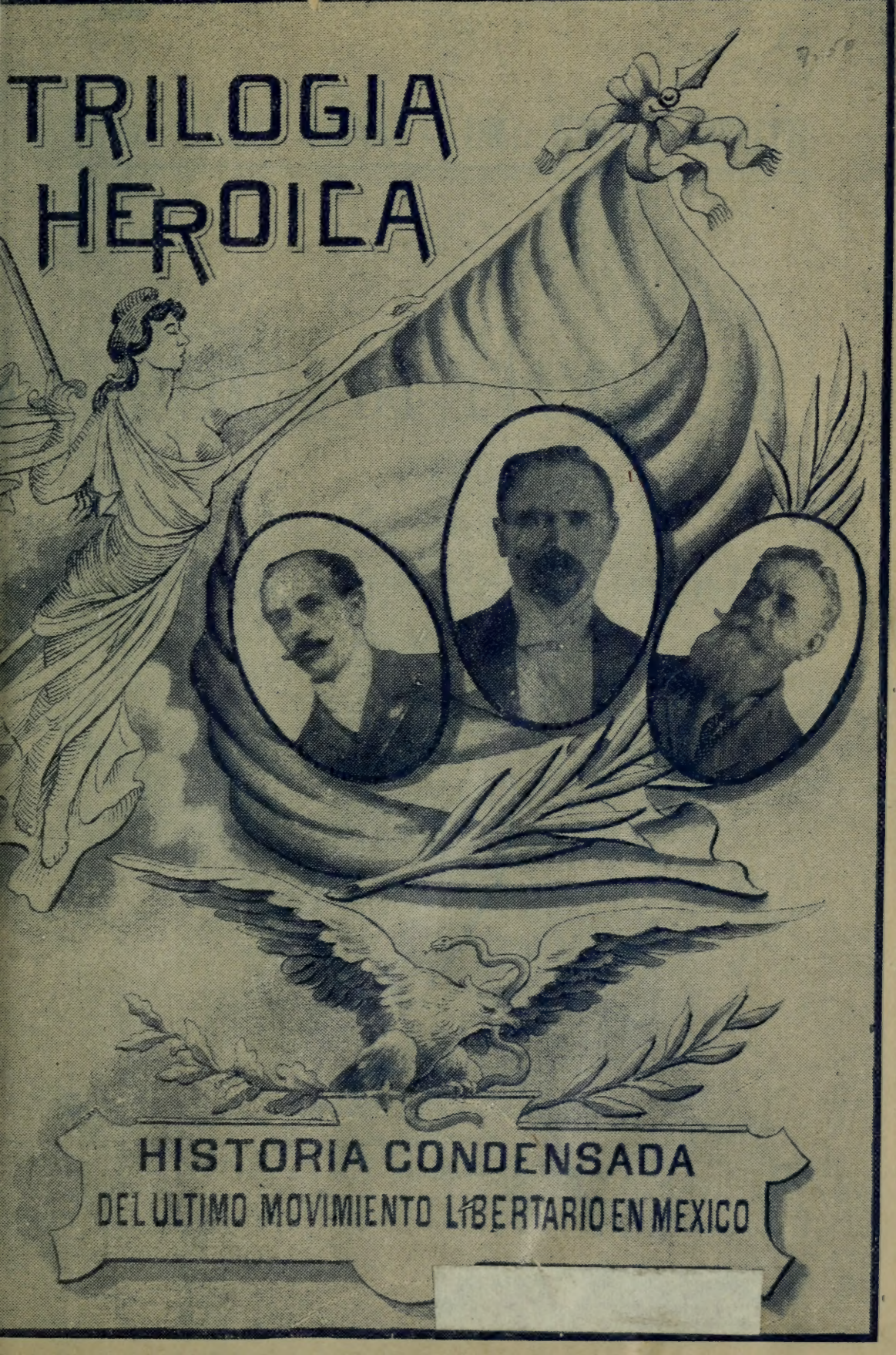
RIEF
FC
0010379

LUCIO TAPIA
KRUMM HELLER

TRILOGIA HEROICA

MEXICO
1916

TRILOGIA HEROICA



HISTORIA CONDENSADA
DEL ULTIMO MOVIMIENTO LIBERTARIO EN MEXICO

PROF. LUCIO TAPIA - DR. KRUMM HELLER

Trilogía Heróica

Historia condensada del último movimiento libertario en México

MEXICO
ANDRES BOTAS, Editor
1a. Bolívar, 9
1916

50

Brief
FC
0010379

Tip. de Manuel León Sánchez. Misericordia 7. México, D. F.

Creo hacer obra meritoria popularizando con el presente folleto cuatro preciosas monografías revolucionarias debidas a la pluma viril de los documentados escritores Profesor Lucio Tapia y Doctor Arnoldo Krumm Heller.

Tales pasajes literarios, titulados EL GRITO DE LIBERTAD, FRANCISCO I. MADERO, LA DECENA INFAME y DON VENUSTIANO CARRANZA, condensan en unas cuantas páginas lo que de más glorioso contiene la historia del último movimiento libertario en México y fijan con claridad meridiana el sitio de honor que en dicho movimiento corresponde en justicia a los ínclitos ciudadanos nombrados.

Deseamos que nuestros buenos deseos y mejores intenciones sean bien acogidos por el ilustrado público lector.

EL EDITOR.

1910

EL GRITO DE LIBERTAD

Una gira política temeraria

El 23 de marzo de 1910, se recibió de Zacatecas, en la ciudad angélica, la siguiente misiva:

«Sr. Aquiles Serdán.—Puebla.

Mi estimado correligionario y amigo:

Recibí su grata fecha 15 del actual. Nadie podrá creer que si no voy a esa ciudad a dar un meeting es por falta de simpatía hacia ustedes, pues bien saben que cuando pasé para Michoacán le dije que a mi regreso estaba dispuesto a celebrarlo, pero por razones que usted sabrá no se llevó a cabo. De todos modos, a mi ida tuve el gusto de dirigirme a un numeroso grupo, en el cual estaban representados todos los Clubs antirreeleccionistas de ese Estado y hasta algunos de Tlaxcala.

En cuanto a que celebremos un meeting antes de la Convención en esa ciudad, me parece inconveniente, primero, por

falta de tiempo y en segundo, porque no es indispensable, puesto que ya existen numerosos Clubs antirreeleccionistas y es irnos a exponer a tener dificultades con el Gobierno de ese Estado.

Aquí en Zacatecas acabo de tropezar con la dificultad de que el Gobierno me prohibió terminantemente celebrar el meeting y como creo de grandísima importancia llegar sanos y salvos a la Convención voy a consecuentar y ya veré de qué medios me valgo en ésta para formar un Club, el cual tengo esperanzas de arreglar esta noche.

Cuando estemos en la Convención hablaremos sobre la conveniencia de hacer una gira, pues entonces será probablemente de mucho mayor efecto y mayor trascendencia.

Sin otro particular, quedo su amigo que lo aprecia y su atento S. S.

FRANCISCO I. MADERO.»

En la citada fecha ya estaba muy adelantada la sorprendente y temeraria gira política del ilustre «leader» del antirreeleccionismo mexicano.

Los propósitos que abrigaba de recorrer las principales ciudades de la República, se vieron bien pronto cumplidos por lo que se refiere a Puebla; presentose valientemente en dicha ciudad el mes de junio del año citado.

Fué un suceso sin precedentes. Las multitudes arremolinándose en la vía pública abrían paso al Mesías portador de la buena nueva: «Sufragio Efectivo, Democracia, no Reelección.» Sus correligionarios le tiraban flores, vitoreándolo con frenesí. Su traslado de la Estación al Hotel del Jardín, fué una marcha triunfal.

Desde un balcón del hotel arengó al pueblo: habló de la dignidad humana, de la libertad maniatada, de los derechos conculcados, de lo despreciable de la vida vegetativa llena de oprobio

y de vergüenza. Explicó con dignidad y profunda convicción el significado de las palabras Sufragio, Democracia, Emancipación, Igualdad. Peroró con calor, con sinceridad y vehemencia desusadas; mostrose viril, enérgico, valiente, admirable....

El pueblo, silencioso y extático, escuchaba.... Una ruidosa ovación cerró el discurso redentor. En poco menos de treinta minutos que tuvo de duración, los gremios obreros poblanos tornáronse maderistas.

Aquiles Serdán

Hijo mayor del señor T. Serdán y de doña Carmen Alatriste, tuvo ascendientes de ilustre prosapia: su abuelo paterno el licenciado Roque Serdán, brilló en el foro de Puebla como una estrella de primera magnitud. Se dice que «La Libertad de Testar,» su obra póstuma, fué en aquel tiempo la primera en su género. Su abuelo materno el licenciado Miguel C. Alatriste, probo y valiente general, llegó a ejercer durante el 57, la Primera Magistratura del Estado.

Hermanos de Aquiles fueron: Cármen y Máximo, actores ambos, de la homérica tragedia que nos proponemos relatar.

Aquiles era hombre de imaginación vivísima, de carácter impetuoso y resuelto y de sentimientos generosos y magnánimos.

Vivía del comercio y en sus ratos de ocio soñaba con la redención del trabajador, con la igualdad del ciudadano ante la Ley y con el exterminio de la tiranía en todas sus formas.

Con tales antecedentes no es extraño que haya sido uno de los correligionarios más fogosos y entusiastas del flamante partido antirreeleccionista.

Fundó y sostuvo de su peculio, con perseverancia sin ejemplo, un periódico denominado *No Reelección*, que tuvo un éxito descomunal entre los gremios obreros y estudiantiles.

Hizo un viaje de propaganda a los distritos poblanos y pre-

paró con asombrosa y temeraria actividad el gran meeting celebrado en la histórica ciudad, bajo la presidencia del benemérito don Francisco I. Madero.

Hizo un viaje a San Antonio Texas, con objeto de consumar los preparativos de la Gran Convención, a la que concurrieron los representantes de los centenares de clubs antirreeleccionistas de la República.

A su regreso furtivo, sólo le quedó el tiempo necesario para preparar el movimiento revolucionario de 20 de noviembre de 1910, y que, debido a circunstancias especiales, estalló prematuramente el 18 del citado mes.

El Gobierno poblano entra en zozobra

La plebe vituperaba a los magnates del poder y veneraba en silencio el nombre del apóstol. En los corrillos y reuniones se comenzaba a oir la frase: «Soy maderista».

Los estudiantes del Colegio del Estado, en reuniones que celebraban públicamente, organizaban centros de propaganda antirreeleccionista, a fin de neutralizar la acción de los 800 clubs que sostenían la fórmula Díaz–Corral. Buen número de ellos fué privado de sus becas, otros expulsados por completo de las aulas. De los últimos, lanzáronse no pocos al campo revolucionario.

El gremio obrero se desperezaba del servilismo en que había vivido y principió a discutir y a reclamar sus derechos de ciudadanía.

El Jefe Político don Joaquín Pita, que mezclado entre la muchedumbre el día de la visita del señor Madero a Puebla, había sonreído irónica y despectivamente, ya tenía una obsesión, una pesadilla estereotipada: la persecución de Aquiles Serdán y socios.

Dos veces dispuso la visita domiciliaria de éste: la primera fué de simple amenaza, una ostentación de fuerza, en la que Mi-

guel Cabrera, de maldita memoria, recibió una dura y bien merecida lección de virilidad y energía por parte de la esposa de Serdán. Al presentarse con sus acólitos a practicar el cateo, la dignísima señora le salió al paso pronunciando la siguiente frase, célebre: «¡Aquiles está dentro, pasen si son buenos!»

En la segunda, no se encontraron las proclamas revolucionarias que se prometían, tampoco el material de guerra que se susurraba existía almacenado en la casa sospechosa. Despechado Cabrera por la inutilidad de sus propósitos, dió pábulo a sus depravados instintos, maltratando de obra a la propia señora de Serdán.

Y mientras tanto, los conatos revolucionarios seguían en aumento. Nadie ignoraba en la Angelópolis, que el país era una inmensa hoguera preparada para incendiarse ante la primera chispa, y que la sagrada mecha que produciría el incendio estaba en manos de Serdán.

Más se afirmaba sin discreción: que el día 20 de noviembre sería la fecha redentora.

El General Gobernador Mucio Martínez, cuyos sentimientos encallecidos en el oprobio y la tiranía, lo hacían escéptico en todo lo que significaba valor civil y decisión, no dejó de preocuparse por los rumores callejeros que por todas partes corrían.

Puso en acción a sus mejores sabuesos policiacos, recorrió una buena extensión de la sierra, a fin de darse cuenta personal del estado que guardaba el espíritu público, almacenó pertrechos de guerra en un edificio contiguo al cuartel Zaragoza y dispuso que escogido contingente de Zacapoaxtlas hiciese guardias de seguridad en la Penitenciaría y demás sitios estratégicos y peligrosos.

El 17 del memorable noviembre, se presentó intempestivamente en «El Riego,» balneario de Tehuacán que alojaba hacía tiempo al Vicepresidente Ramón Corral. Algo grave y trascendental debió haberse fraguado en aquella entrevista, pues pocos

momentos después de su regreso a Puebla, el mismo citado día, se pudo saber cómo Pita y Cabrera sacaban del Palacio Penal, nueva orden de cateo contra la morada Serdán.

Este debió haberse efectuado con todas las precauciones del caso la noche del repetido día; pero el destino, que ya había dictado la muerte infamante de Cabrera y la consumación de extraordinarios sucesos, quiso que las cosas pasaran del modo siguiente:

La conflagración estalla

La memorable mañana del 18, a eso de las siete y quince minutos, presentose el menguado Cabrera en la calle de Santa Clara, acompañado del Mayor Fregoso, del cabo Murrieta y de dos guardianes secretos más y cinco gendarmes de a pié, entre ellos un oficial.

Ya ante la casa de la familia Serdán dispuso que la policía de a pie permaneciese en la calle guardando la salida. El entró resueltamente, con la Secreta.

Traspuesto el vestíbulo, volvió la cabeza interrogando a Fregoso, sobre la puerta de entrada de la vivienda Serdán. Una descarga uniforme y terrible se oyó por toda contestación.

Cabrera y Murrieta mordieron el polvo. Sus cuerpos ensangrentados fueron arrojados a puntapies a la mitad del arroyo.

El cadáver de Cabrera profanaba la morada del patriota, había que purificarla librándola incontinenti, de la presencia inanimada del mónstruo.

Fregoso fué preso, liberado después. Los dos secretos, supervivientes, volvieron a la casa del Gobernador a dar cuenta de los sucesos. El oficial de gendarmes y sus cuatro satélites, escondiéronse tras de los muros de la antigua calle de Santa Teresa.

Serdán y los suyos pudieron haber escapado del sitio peligroso y huir para evitarse mayores desazones.

No lo hicieron sin embargo. Era, que a ejemplo del héroe de Calderón, deseaban con los hechos consumados y los que seguirían, «la muerte o la libertad».

Desde ese momento la casa Serdán fué un baluarte; pero no fortaleza guerrera con almenas, soldados y cañones, sino un baluarte del más bello civismo.

¿Soldados? Aquiles, su anciana madre, su esposa, los hermanos Carmen y Máximo, y una docena de bravos antirreeleccionistas, resueltos a cobrar caras sus vidas.

¿Almenas? Los balcones, corredores y pretiles de la planta alta de su vivienda.

¿Cañones? Algunos fusiles y pistolas que se tenían en prevención y cohetes de dinamita improvisados con las perillas de los catres de la casa.

¡Súrsum corda!

¡Jóvenes mexicanos, elevad los corazones ante ese hermoso baluarte de civismo sin ejemplo!

La chispa se convierte en hoguera. Una heroina

Media hora más tarde, esto es, momentos antes de las ocho, se cruzaron los primeros disparos.

El Jefe Político Pita, acompañado del Ayudante Galina y de algunos guardianes de la Gendarmería de a pie comenzaron a disparar sobre los amotinados desde la esquina de Santa Clara que corresponde a la calle de Espejo. Breves momentos después se presentaron algunos rurales que fueron distribuidos en la torre del templo de San Cristóbal y las azoteas de la casa del citado Jefe Político.

Ya en pleno combate, la multitud de curiosos que habían ocultádose hacia el rumbo de Santa Teresa, presenció un cuadro espléndido, maravilloso, digno de Esparta: una enlutada de rostro pálido y mirada centelleante, presentose en uno de los balcones de la casa fogueada, con el pecho descubierto a las balas que le dirigían, portando en la diestra una arma que ofrecía a esa multitud. Era Carmen Serdán, que transfigurada y hermosamente soberbia, arengaba a las masas con palabra arrogante y brava.

«¡Pueblo dormido—decía—despierta!

»¡Oye el rugido del león que te invita a que vengas a librarlo, rompiendo sus cadenas!

»Aquí está la muerte, es cierto, pero también la libertad!»

Llamaba al pueblo, dábale fusiles y cartuchos, le ofrecía un sitio en el terreno del honor y de la gloria, y ese pueblo egoísta, estólido y cobarde, no acudió a su llamado. Con cuerpo varonil y corazón de hembra, huyó desatentado al fragor de la primera descarga disparada sobre la heroína desde la cúpula de San Cristóbal.

Carmen Serdán fué retirada del borde de la tumba, por la mano cariñosa de uno de sus familiares.

Mientras tanto, nuevo contingente militar llegaba a reforzar al que ya estaba en acción: un escuadrón del 1er. Regimiento de Caballería tomó las bóvedas del templo de Santa Clara y dos compañías del Batallón Zaragoza se posesionaban de los altos del Hotel Barcelona y de la casa del señor Fourlong.

El desigual combate llegó a su período álgido. El fuego era nutrido, discrecional. Un subteniente del citado 1er. Regimiento, algunas unidades entre gendarmes, rurales y soldados y no poca gente del pueblo, cayeron para no levantarse más. El coronel de la Llave fué gravemente herido....

Después de varias horas de recio batallar, el teniente coronel Lecona, del Zaragoza, con la mitad de sus hombres, logró

alcanzar la puerta de entrada de la casa Serdán, contemplando, cómo botados fuera del sardinel, yacían los cadáveres de Cabrera y Murrieta.

La entrada de la casa fué obra de momentos. Abordáronse, disparando a quema ropa, las escaleras; se llegó a la vivienda del traidor Arrioja, un monopolizador de concesiones de garitos y diversiones prohibidas por la moral, que en connivencia con la policía, denunciaba los menores movimientos de la familia Serdán.

Franqueada, asimismo, la morada de un comerciante en abacería apellidado Pérez, se luchó cuerpo a cuerpo con los escasísimos supervivientes de aquella contienda desigual e injusta.

El patio, las escaleras y pasillos, los corredores y habitaciones, se habían teñido con la sangre de los mártires.

Se escuchaba un ruido indescriptible, producido por los múltiples disparos, los denuestos de los combatientes, los ayes de las víctimas, el forzamiento de cerraduras, el tropel de las pisadas sobre las baldosas y pavimentos y los golpes de las culatas en puertas y tabiques.

Aquéllo era una hecatombe, una trágica locura general....

Una familia espartana

Un torrente de fuego de fusilería se precipitaba, al mismo tiempo, sobre los amotinados desde las alturas de las casas contiguas.

El coronel Huerta, con gente del Zaragoza y una jauría de gendarmes de la Montada, había invadido las azoteas y sembraba el terror y la muerte entre los bravos defensores.

La madre de Serdán olvidaba la debilidad de la senectud y corría ágil y vigorosa, de un sitio a otro, confortando a los heridos y bendiciendo a los muertos.

Hermosa y sugestiva misión, ante la cual deben haber son-

reido «Guzmán el Bueno y la madre de los Gracos,» como dijera el poeta.

La esposa Serdán se desgarraba los dedos abriendo cajones de cartuchos que distribuía, veloz, entre los suyos. Cargaba las armas disparadas y las ponía animosa, en las manos de los combatientes.

Carmen se multiplicaba en todas partes, y como si gozase del dón de ubicuidad, se la veía tan pronto en las azoteas disparando contra el enemigo que ocupaba las torres de Santa Clara, como en el entresuelo, cazando a los primeros infantes que osaron violentar la entrada a la planta baja. Era general, que ordenaba con el ejemplo, la guerra sin tregua, el exterminio y la destrucción; como soldado pundonoroso y disciplinado, que impasible y sin medir el peligro, asistía al sitio a donde la llamaran el deber y el honor, así fuera de la muerte misma.

El tiempo avanzaba y el alboroto disminuía. La clepsidra de la fatalidad apuntaba los últimos momentos de Aquiles.

La hora de Máximo ya había sonado.

Este valiente no tuvo punto de reposo durante el total de la refriega.

El propio enemigo confesó su gallardía y reconoció su bravura.

Cuando el teatro de la homérica lucha había quedado desierto por la pérdida de sus esforzados defensores; cuando las venas de Carmen desangraban por la herida de una bala traidora; en los momentos terriblemente críticos, que su madre y cuñada preparaban un escondite para Aquiles, él, temerario, indomable y soberbio, se echó el arma a la cara para disparar su último cartucho.

En los mismos momentos que tal hacía un proyectil artero le quitaba la existencia.

¡Descubríos, lectores! Cayó un legionario de la santa libertad.

Epílogo

Cesó el fuego minutos antes del medio día. Los defensores habían muerto y el parque estaba agotado.

Las señoras Serdán escondieron nimiamente a su querido Aquiles en un hueco del pavimento, y a ejemplo de los Senadores del Capitolio, esperaron impasibles, la llegada de los sayones.

Estos no se hicieron esperar. Se presentaron ante ellas llevando a la cabeza al tristemente célebre Pita.

Requerida Carmen a entregar las armas, contestó, parodiando al patriota general Anaya: «¡Si estuviera armada no estaríais aquí!»

Dispúsose la conducción y encarcelamiento de las vencidas, practicando en seguida un minucioso registro a fin de lograr la captura del Jefe de los sublevados.

Ante la inutilidad de las más prudentes pesquisas, instaláronse centinelas de vista y cuerpos de guardia en la totalidad del edificio y de los adyacentes, abarcando toda la manzana.

Desplegose todo el aparato de fuerza del verdugo, que chorreando sangre aún, solicita y busca, insaciable, nuevas víctimas.

Debido a tan rigurosas precauciones Aquiles Serdán fué sacrificado.

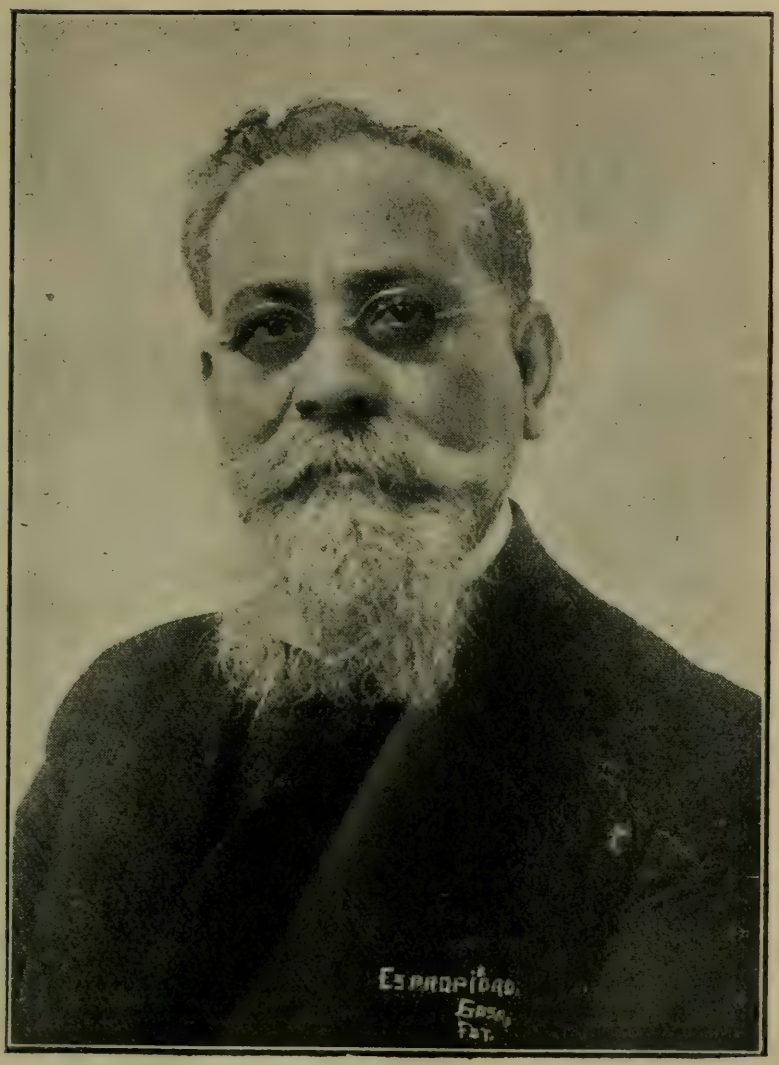
A eso de las 2 de la mañana del día 19 se resolvió a salir de su escondite para morir, combatiendo....

Revólver en mano, trató de arremeter a los custodios que vigilaban la estancia, cayendo sin vida a los pies de Pérez y Bado, sus inícuos asesinos!

¡Súrsum corda! Ciudadanos.

¡Elevad los corazones!

¡Ved a un lívido cadáver cómo sonríe: es el del Bayardo de la Revolución mexicana; el paladín sin miedo y sin tacha!



C. VENUSTIANO CARRANZA,

Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Encargado del Poder Ejecutivo.

Sr. Francisco I. Madero

Don Francisco I. Madero fué hijo de una familia de abolengo, siendo sus padres don Francisco Madero y doña Mercedes González. Nació el 30 de octubre de 1873, en Parras, Estado de Coahuila, y se educó en el Colegio de los Padres Jesuitas de San Juan; después fué enviado a los Estados Unidos donde adquirió los primeros conocimientos que fueron perfeccionados más tarde en Francia y Alemania. Antes de regresar a su patria, pasó algunos años en la Universidad de San Francisco California, y a la edad de 21 años poseía vastos conocimientos científicos, de base moral inconmovible y principios liberales, que como León Gambetta, adquirió viendo la inmoralidad reinante en el convento donde se educó. Al regresar al hogar paterno, empleó, desde luego, las mejoras que había observado en sus viajes por Europa y los Estados Unidos. Uno de sus estudios preferidos fué siempre la Sociología. Habiendo tenido ocasión de ver los procedimientos democráticos establecidos en Europa y América y encontrándose en completo auge la dictadura porfiriana, fué impulsado a propagar formas que deseaba ver implantadas en su patria. Observó que una de las rémoras para el régimen democrático, era la falta de instrucción y educación en las masas populares, por lo que comenzó por fundar escuelas en las haciendas de su padre y en los pueblos vecinos.

De una actividad asombrosa, impulsó los negocios paternales, adquiriendo por esfuerzos propios una fortuna de $600,000.00, capital que se hubiera centuplicado al estar en manos de otro, que no hubiera sido el señor Madero, el cual siempre estaba dispuesto para auxiliar a los desgraciados. El desprecio a los bienes mundanos, como característica de todo filósofo, era en don Francisco una religión que formaba triste contraste con la avaricia desmedida de toda su familia que, con raras excepciones, tiene como dios al becerro de oro.

Don Francisco I. Madero, como Apóstol

Su primer paso como político, donde explayó las excelsitudes de su pensamiento y de sus ideas redentoras, fué en Torreón, en la casa del doctor José María Rodríguez, actual general y Jefe del Servicio Médico Militar; allí, en amena forma y con videncias de profeta, dió a conocer su hermosísima obra, su vasto plan libertador, acordándose derrocar al tirano Porfirio Díaz, pulverizar la nefasta política de conciliación, acabar con el partido científico, herir de muerte a la hidra clerical; en una palabra, fundar una patria libre, sacar de la abyecta condición de parias al sufrido pueblo, carne de cañón e instrumento ciego para venganzas inícuas, y en seguida continuó su propaganda con la fundación de *El Demócrata*, órgano del partido democrático e independiente, que sigue publicándose hasta el presente, por el connotado escritor constitucionalista Rip-Rip, siendo el primer artículo que salió de la pluma del gran demócrata, el titulado *Vox Populi, vox Dei*, brillante prólogo de la obra revolucionaria del mártir.

El apóstol había terminado su obra *La Sucesión Presidencial*, y recibiendo de la imprenta el primer ejemplar, lo puso en manos del doctor Rodríguez y de su tío Angel Benavides para que lo leyesen.

Su tío, después de un rato de silencio, se dirigió a él en el siguiente interrogatorio:

—Y si tus padres te desconocen y te increpan la labor que vas a iniciar, ¿qué dirás?

A lo que Madero contestó: Amo con toda mi alma a mis padres y muy duro será para mí oir sus reproches, pero en este caso, primero es la Patria.

—Y si tus padres y tú mismo pierden su capital, que será cosa fácil para don Porfirio confiscar, ¿qué dirás?

—Ante la visión de la Patria, siento el más soberano desprecio por el dinero, sólo lo sentiría por mis padres.

—¿Y si te recluyen en la cárcel y te cuesta hasta la vida?

—Pues entonces moriría dichoso por la Patria, pues repito, primero es la madre común.

Desde el instante en que empezó su campaña política, se convenció de que ésta debía verificarse en toda la República, pues los movimientos aislados no darían resultado, y desde luego inició su formidable propaganda político-militar, la cual con rapidez increíble se fué propagando, cual incendio voraz, a la sola presencia del caudillo, que con su verbo redentor conmovia a las masas populares, armándolas con el fusil, único que destroza y aniquila las tiranías, y la metralla que tumina la potencia del absolutismo. El movimiento guerrero sorprendió a los sátrapas en plena orgía, pues con el pretexto de celebrar la primera centuria de la emancipación del yugo ibero, la aristocracia encontró manera de exhibirse ante el desnudo pueblo, con toda su deslumbrante riqueza. El glorioso mes de septiembre estaba para terminar, así como las fiestas, cuando en el campo de aviación de San Lázaro, el viejo dictador recibió en pleno rostro y sin que lo pudieran evitar sus pretorianos, los epítitos más denigrantes que el pueblo enfurecido le lanzó y aun piedras para ver de terminar con la caduca existencia del tirano.

El formidable levantamiento de Puebla, encabezado por el

patriota Aquiles Serdán, que repercutió en Ciudad Juárez y terminó con la entrega de la espada virgen del general Juan J. Navarro, determinó la salida furtiva del dictador, después de despedirse con lágrimas, del ejército que no supo defender a su amo, hasta morir. Refiérome a los Jefes y Oficiales, pues los soldados, sin excepción, simpatizaban con el movimiento revolucionario. En una escuela primaria para la clase de tropa del extinto ejército, sé que el director de ella predicó desde su pupitre la buena nueva, y todos los soldados de ese Regimiento, al llegar al campo de batalla se pasaban en masa al enemigo; allí el maestro influyó poderosamente para encauzar el patriotismo de esos pobres seres que sólo tenían alma para sufrir y cerebro educado para obedecer, ciegamente, sin razonar.

Don Francisco I. Madero, como Filósofo

Generalmente se ha creido que Madero fué un fanático espiritista que tenía como medium a su esposa y evocaba a los espíritus para resolver los árduos problemas del Gobierno. Nada más falto de verdad; Madero fué un Hermetista ilustrado, un Orientalista distinguido, un alto iniciado en el exoterismo, un masón de gran talla que demostró en las pruebas morales a que fué sujetado, conocimientos profundos de los grandes filósofos de renombre mundial, como Kant, Spencer, Shophenhauer, así como autor de una obra inédita, en la cual hace una crítica del libro sagrado de los Buditas de Bagabat Gita. Era anticlerical porque conocía los manejos funestos de la casta sacerdotal, pero sin embargo, profundamente cristiano, y eso queda demostrado en las cartas dirigidas a su padre, que a continuación insertamos:

«Papasito querido: Hazme favor de dirigirte con todo fervor a Dios que está en el cielo y de tu mamá Rafaelita evoca su ayuda, a fin de que seas iluminado, a fin de que comprendas el mal tan grande que harás no dejándome en libertad para cum-

plir con la Misión que la Providencia me ha impuesto, y a fin de que tengas valor y energía para cumplir tú también con tu misión, que en el caso actual consiste en no entorpecer mi acción, en no desviarme del recto camino que llevo en cumplimiento de mi deber, en no hacer que fracase en mi empresa, pues si emprendo la lucha debilitado por tí, fracasaré y pagaré hasta con vida mi fracaso, pues ya lo sabes, a los que emprendemos estas luchas por la libertad, invariablemente nos espera una corona, pero el éxito hará que sea de laurel, la derrota que sea de espinas,—Considera con toda calma tu determinación: yo, de todos modos me lanzo a la lucha, pues compromisos anteriores lo hacen inevitable. Mañana voy a Torreón a una junta política, vamos a mandar una circular a todo el Estado para que principie la campaña, yo tendré que organizar en ésta un club a más tardar la semana entrante y empezar con un periódico, así es que es inevitable que me lance a la lucha; por complacerte he retardado la publicación de mi libro, a pesar de que ya *contaba con tu aprobación para publicarlo*, pues el día que te fuiste para esa capital, cuando íbamos en coche para la estación y ya en ella antes de salir el tren, me dijiste que estaba bien que lo publicara.—Por lo demás, será imposible dejar de publicarlo en lo absoluto, y publicándolo tarde, perderemos todas las ventajas que nos puedan resultar y aumentaremos las desventajas y sobre todo, habrás perdido un tiempo precioso arrullado por ilusiones que en esa capital se encargarán de hacerte concebir, para darte el golpe más seguro si es que te lo han de dar.—Ya ves, pues, la alternativa: o entrar a la lucha francamente, con vigor, con audacia, desconcertando al enemigo y preparándonos a toda eventualidad con todo conocimiento de causa; o entrar a la lucha débilmente procurando ocultar nuestros movimientos (ésto seguramente sin éxito) y facilitando a nuestro enemigo los medios de caer en una emboscada que él nos prepare pacientemente y sin enseñar la

mano. En el primer caso, todas las probabilidades de obtener la victoria; en el segundo, corriendo a un fracaso inevitable.»

«Mi querido papasito: Ayer llegué a Torreón y me encontré con un telegrama en que me permites que obre libremente y me mandas tu bendición y la de mamá.—No puedes imaginarte cuán grande ha sido la satisfacción, el orgullo y la emoción que he sentido.—Abundantes lágrimas derramé ayer, pero fueron lágrimas de ternura, de dulce y grata emoción, de agradecimiento inmenso para tí y para mi adorada mamasita.—En la mañana de ayer, poco antes de levantarme, soñé que te había visto con ese semblante cariñoso que tienes cuando te dirijes a nosotros, y con una mirada llena de dulzura y de confianza en el porvenir, me habías dado la autorización y la tan deseada bendición.—Esta circunstancia que no puedo considerar casual, ha aumentado mi emoción y mi satisfacción, pues me confirma más en la idea que siempre he tenido de la nobleza de tus sentimientos, de la grandeza de tu alma.—Papasito querido: demasiado comprendo que al darme tu bendición has obedecido a un arranque de generosidad, de grandeza de alma en que, elevándote a las altas regiones del espíritu, has hecho que sólo tengan eco en tí las más nobles aspiraciones, y dominado por esos bellísimos sentimientos, no vacilaste en cumplir con tu deber con una abnegación admirable, con una serenidad que sólo pueden abrigar los hombres superiores, con una fe en el porvenir, que sólo anima a los creyentes cuando tienen la conciencia tranquila, pues en estas circunstancias descansan por completo en la Providencia Divina.—Debo de agregar que tengo la seguridad absoluta que a pesar de lo que puedan creer las personas que juzgan todo superficialmente, no deben esperar que yo les dé ningún dolor de cabeza y más bien pueden estar asegurados que obraré de tal modo, que les causaré la más legítima satisfacción, el más noble orgullo, haré de modo que ustedes se sientan orgullosos de mí, como yo me siento orgullo de tener unos padres tan nobles, tan grandes, tan bue-

nos. -Ahora sí, ya no tengo la menor duda de que la Providencia guía mis pasos y me proteje visiblemente, pues en el hecho de haber recibido su bendición, veo su mano, en la circunstancia de haberlo presentido tan claramente distingo su influencia, percibo su modo de guiarme, de dirigirme y de alentarme, pues si el laconismo forzoso del telegrama sólo me trajo su resolución definitiva, la visión que tuve antes, me reveló que esa resolución era sin violencia, obedeciendo a sus más nobles sentimientos, y aunque hacían un sacrificio sublime, se quedaban llenos de confianza en el porvenir, aceptaban con noble serenidad las consecuencias de la nueva vida de actividad y de lucha que se inicia »

Don Francisco I. Madero, Mártir

El triunfo militar y político del maderismo fué un hecho positivo en toda la República Mexicana, y en 1910 se inició la era de la democracia a pesar de que en todos los tonos se aseguró que el pueblo no estaba apto para ejercer sus funciones de ciudadano. Mentira burda inventada por los reaccionarios, pues cuando se convocó a elecciones presidenciales a las casillas electorales concurrieron los patriotas en masa a votar por su candidato al que sacaron triunfante para colocarlo en la Primera Magistratura y el caudillo victorioso pudiera cristalizar sus bellos ideales.

La nidada clerical se puso a trabajar en la sombra y unidos los frailes a los científicos, llamados así por antonomasia, a la aristocracia formada por estúpidos fanáticos y a la soldadesca integrada por ambiciosos de dinero y mando, decretaron unidos la muerte del que los venció de frente, les perdonó y tuvo la debilidad de dejar armado al Ejército, que sepultó para siempre su poder y prestigio en la Ciudadela.

Madero juzgó a sus enemigos guiado por los ritmos emocionales de su noble corazón, y eso lo perdió. En Ciudad Juárez,

abrazando a la oficialidad rendida incondicionalmente a la que puso en libertad devolviéndole sus espadas, cuando el ingeniero Manuel Urquidi la entregraba para que fuera pasado por las armas; más tarde perdonándole la vida al caudillejo Félix Díaz, luego colmando de beneficios y distinciones al traidor Huerta, y por último dejando armado al Ejército, integrado por ambiciosos acostumbrados al mando omnímodo y a la obediencia ciega.

El valor de Madero queda demostrado plenamente con los siguientes elocuentísimos hechos: dos veces estuvo a punto de perder la vida, primero durante una gira a favor de su propaganda política, acompañado del doctor José María Rodríguez y otros partidarios, testigos oculares de la entereza y sangre fría del caudillo ante el peligro, y la otra vez, la Nación lo sabe y casi toda la población de la Ciudad de México contempló o supo, que don Francisco I. Madero, en inolvidable domingo, atravesó todas las calles principales de la gran arteria de la población, a caballo, escoltado por su leal Estado Mayor y los valientes alumnos del Colegio Militar, sin que se le contrajera un sólo músculo de la cara, ni su bondadosa mirada revelara miedo ni odio, en medio del mayor de los peligros.

La negra traición no se hizo esperar mucho tiempo y los militares encargados de velar por los intereses sagrados de la sociedad, sembraron la destrucción y la muerte, durante diez días, en la Ciudad de México, desde la fatídica Ciudadela. . . . . y, terminó el terrible drama con el más vil y cobarde de los crímenes que registra en sus anales la Historia contemporánea de los pueblos cultos: ¡con el asesinato de los inmaculados patricios Francisco I. Madero y José María Pino Suárez!

***

Perecen los hombres, pero las ideas no; hasta el fuego de las hogueras es impotente para destruirlas y persisten a través

del tiempo y del espacio. La revolución tomó mayor incremento desde el sacrificio de su iniciador y hoy casi toca a su fin; los mártires ocupan su puesto de honor entre los inmortales, y los protagonistas del infame cuartelazo, unos han perecido en el ostracismo y los más vegetan en la miseria acosados por crueles remordimientos.

De pié, rodeado de sus valientes compañeros de armas y de sus huestes invencibles, el vengador terrible del horrendo crimen, el reivindicador de derechos, el exterminador de todos los vicios, don Venustiano Carranza, a quien la Patria agradecida bendecirá por haberse sacrificado por el pueblo y para el pueblo, permanece firme, sereno y cumpliendo su grandiosa misión que la historia justiciera y las futuras generaciones sabrán valorar.

Dr. Krumm Heller.

LA DECENA INFAME

Suprema deslealtad

A la una de la mañana del 9 de febrero de 1913, en el vasto recinto de la escuela militar de San Fernando, todo era trajín y movimiento inusitado; los jóvenes aspirantes habían recibido órdenes imperiosas de los oficiales, principalmente del capitán Escoto, para alistarse de momento y marchar a la Capital de la República, dizque a reprimir una asonada. En traje de campaña, pie a tierra, marcharon los infantes a la hacienda de Coapa donde se les embarcó en los carros eléctricos que hacían la primera corrida de la mañana; las caballerías habían anticipado su salida y recorrido, al trote, la silenciosa calzada de Tlálpam.

Poco después de la hora mencionada, los artilleros del 2° Regimiento de guarnición en Tacubaya, despertaban sobresaltados al extemporáneo toque de diana. Con nerviosa precipitación escucharon la consigna de tomar equipo de combate y emprender extraña y cautelosa salida rumbo a la dormida ciudad de México.

Las unidades de la escuela y del Regimiento citado fueron conducidas automáticamente, al amparo de las sombras de la noche, a la más criminal aventura guerrera.

Ambas corporaciones fueron escogidas por el general Manuel Mondragón, para servirse de ellas como los primeros peldaños de la infame escala de Jacob, con que soñó elevarse a la inconmensurable altura de sus desenfrenados deseos de mando y desatentada ambición de riquezas.

Porque está perfectamente probado que el menguado general fué el autor intelectual del cuartelazo del 9 de febrero, el mismo individuo que conturbando el ánimo de los apocados jefes y oficiales de aquel tiempo de corrupción administrativa, prostituyó al ejército sugestionándolo, primero, y conduciéndolo después, mediante procedimientos arteros, a la deslealtad.

Habiendo perdido para siempre el patrocinio del general Díaz, necesitaba encumbrarse por cualquier medio a un sitio gubernativo en el que el oro manara a raudales y le concediera todo el poder que años atrás había disfrutado. Ante tal impudencia de dinero y de honores, ninguna consideración lo detuvo. Se vistió con la hipócrita túnica de la generosidad; fingiose libertador desinteresado de dos peligrosos conspiradores presos; se sirvió como de manequíes de los amigos y partidarios políticos de ambos, así como de los despechados elementos del porfirismo latente aun, para consumar, en su calidad de general de banqueta, su primera acción de guerra: el cuartelazo de la nefasta fecha citada.

***

Horrible despertar de la metrópoli

Artilleros y aspirantes de caballería unidos, se presentaron muy de mañana frente a la prisión de Santiago, reclamando la liberación del general Bernardo Reyes, libertad otorgada desde luego bajo la presión moral de la sorpresa y de la fuerza. Dicha casa de reclusión militar fué incendiada en el transcurso de la

mañana y muertos la mayor parte de los reos, por las balas de un pelotón del 1er. Regimiento, enviado violentamente a impedir la fuga de los incendiarios.

Los astutos sublevados llevando a Mondragón y a Reyes a la cabeza, continuaron su marcha hacia la Penitenciaría, donde ante la seria amenaza de abrir brecha en las puertas de la prisión, a fuego de metralla, lograron la libertad de Félix Díaz, el infortunado faccioso de Veracruz.

La rebelión, tímida y medrosa al principio, con el desconcierto y natural rubor del que realiza a sabiendas una mala acción, tomó desde la Penitenciaría cuerpo vigoroso y se hizo franca, descarada y cínica, dirigiéndose en confuso tropel, cual turba diabólica, sobre el Palacio Nacional.

La guardia de este edificio había sido sorprendida momentos antes por la infantería de aspirantes, parte de la cual invadió patios, corredores y azoteas, posesionándose el resto de las alturas de la catedral metropolitana.

Mientras se desarrollaban, casi simultáneamente, los últimos sucesos relatados, el intendente de Palacio, capitán de navío Adolfo Bassó Méndez, se ponía en comunicación con el Ministro de la Guerra general Angel García Peña y con el Comandante Militar de la plaza general Lauro Villar, para organizar hasta donde lo permitía la premura de los hechos, la defensa de la residencia oficial del Ejecutivo.

Así fué cómo a las 7.20 a. m. dichos generales con fuerzas del 20º Batallón a las órdenes del pundonoroso coronel Juan C. Morelos y con hombres del 24º, tomados del cuartel de San Ildefonso, desarmaron a los incautos aspirantes que sin explicarse el motivo de su presencia en el Palacio—pues los oficiales y clases que estaban en el secreto del cuartelazo, habían huido al primer asomo de peligro—permanecieron en actitud expectante hasta el momento en que, inermes, se les confinó en las cocheras presidenciales en calidad de prisioneros.

Los mismos generales nombrados, procedieron con suma actividad a distribuir a los leales en sitios estratégicos, con el objeto de repeler la inminente agresión de los amotinados. Al presentarse éstos, capitaneados por el general Reyes, fueron recibidos con nutrido fuego de fusilería y ametralladora. Los bravos García Peña, Villar y Bassó, pecho a tierra en el vestíbulo de la puerta central, disparaban certeros la dotación de sus revólvers y se exponían admirables y estoicos a la lluvia de proyectiles que venían de las torres de la Catedral, aumentada con los múltiples disparos de los sublevados que atacaban el frente del Palacio.

En los primeros momentos de la terrible refriega, perecieron el turbulento Bernardo Reyes, por una parte, y por la otra, el valiente coronel Morelos. Heridos los generales García Peña y Villar, la continuación de la defensa quedó encomendada al general José María de la Vega.

Esta fué tenaz y heróica, pues no obstante el crecido número de asaltantes, pudo sostenerse con ímpetu por una hora más, lográndose, al fin, la retirada en completa dispersión de la facción enemiga.

Los aspirantes que ocupaban la Catedral depusieron las armas; poniéndolas a las órdenes del Supremo Gobierno; Félix Díaz y Mondragón con tropas de artillería y de la gendarmería montada, tomaron el rumbo de la Ciudadela y algunas partidas de paisanos, lanzando gritos suversivos y haciendo alharaca infernal, seguían el mismo camino que los cabecillas citados.

La plaza de Armas quedó llena de cadáveres y salpicada por doquiera con la sangre de los heridos.

Entre los primeros, se identificaron desde luego los cuerpos del doctor Antonio Márquez, director de la Cruz Blanca y del doctor Moreno, nobles víctimas del deber cumplido, y los de varios aspirantes que habían hecho estado mayor al caido general Reyes.

*
* *

El Ejecutivo en su puesto

Tan pronto como la noticia detallada del cuartelazo llegó a Chapultepec, residencia privada del señor Madero, éste dispuso su violenta salida al lugar de los sucesos, no deteniéndole ninguna consideración de peligro personal—que en aquellos momentos de efervescencia era inminente—ni los ruegos de sus familiares, ni las prudentes indicaciones de los íntimos que presurosos habían acudido a compartir con él los riesgos inherentes a tan difícil situación.

Después de transmitir las órdenes más urgentes que el caso requería, se encaminó a caballo hacia el Palacio Nacional, acompañado de sus hermanos don Ernesto y don Gustavo, del Ministro de Comunicaciones ingeniero Manuel Bonilla y del mayor López Figueroa, Inspector General de Policía. Formábanle brillante escolta los alumnos del Colegio Militar, parte de las fuerzas de Seguridad y un pelotón de Rurales.

Caminando por la Avenida Juárez a la altura del Teatro Nacional, una patrulla de revoltosos que desembocaba en tumulto de las calles del 5 de Mayo, disparó sus armas sobre el grupo que rodeaba al Ejecutivo, mas con tal precipitación y atolondramiento, que apesar de la escasa distancia, sólo se tuvo que lamentar la desgracia de algunos heridos.

Empero, la situación del imperturbable Presidente era bien comprometida. Fué, pues, necesario precisarlo a entrar a la fotografía Daguerre, de cuya casa se sirvió, no como de refugio, según el deseo de sus amigos, sino para ocupar el balcón y arengar virilmente a la multitud que arremolinándose frente al edificio, lo vitoreaba con frenesí.

Los revoltosos desaparecieron y la comitiva presidencial llevando tras de sí al pueblo delirante, continuó su marcha por la Avenida de San Francisco, llegando al fin al Palacio, sitio en el que pocos momentos después se le reunieron la mayor parte de los Secretarios de Estado.

En Consejo extraordinario se comentaron los sucesos acaecidos, con toda la mesura y serenidad que la delicadeza misma de la situación requería, llegándose a las resoluciones siguientes:

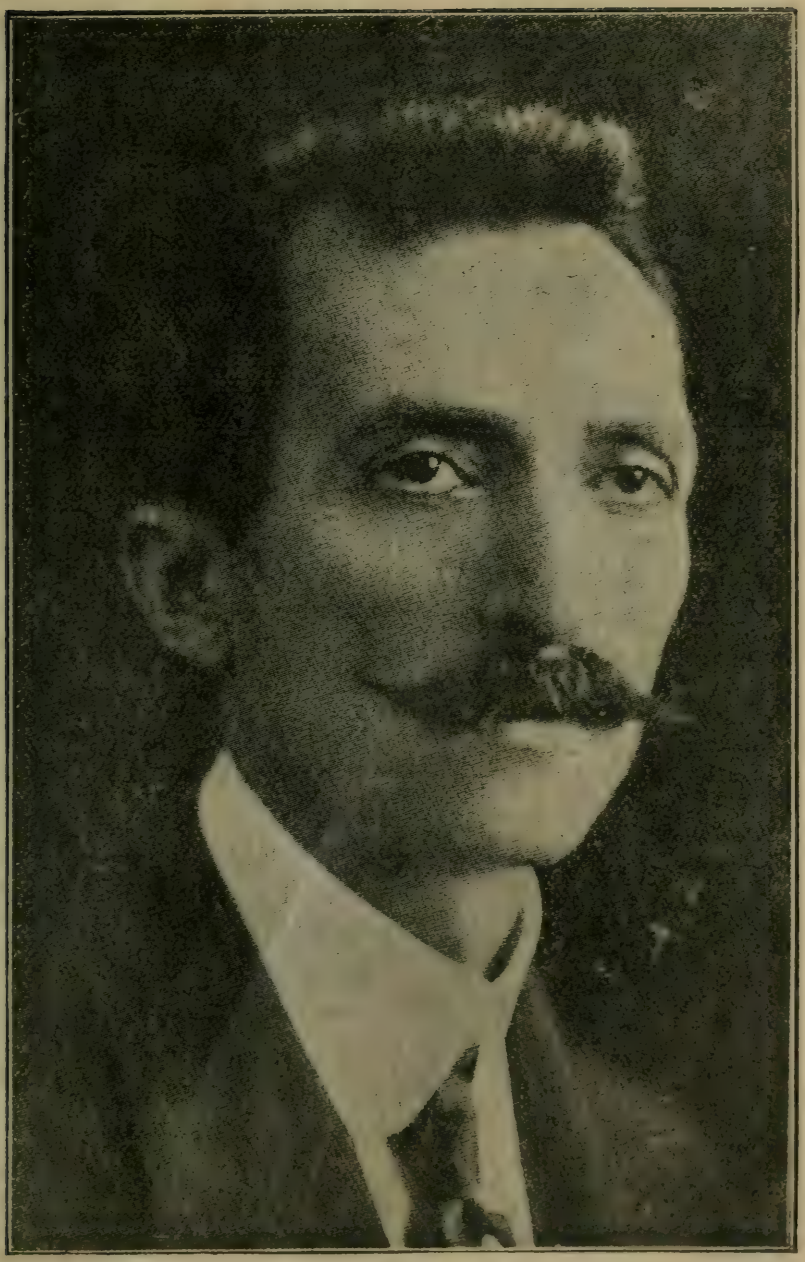
Enviar a la Ciudadela al Mayor López Figueroa en calidad de parlamentario, pidiendo la rendición de los rebeldes. Detenido éste por los sublevados no volvió a dar cuenta de su cometido, substituyéndole en la Inspección de Policía el Mayor Benjamín Camarena.

Suspender el servicio particular de telégrafos para el interior y el telefónico suburbano.

Llamar violentamente al general Vasconcelos con la guarnición de Chalco; al traidor Blanquet, de Toluca, con el tristemente célebre 29; a Medina Barrón con la matriz del 8º de Rurales de destacamento en Celaya; al 30 Batallón situado en Teotihuacán; al numeroso cuerpo de voluntarios que comandaba en el Estado de Puebla el coronel Ocaranza y, por último, a Rubio Navarrete con las fuerzas de guarnición en Querétaro.

El infatigable Presidente guiado, quizás, por la intuición de una probable felonía, o desando sofocar la incipiente rebelión con todo el rigor que merecía, salió a las 2 de la tarde para Cuernavaca, regresando el día 10 con el general Angeles, Gobernador de Morelos, y un repuesto de 1,500 hombres con 27 piezas de artillería.

Sin darse punto de reposo asistió a una junta de Guerra a la que concurrieron Cauz, San Ginés, Delgado, Angeles, Mass, el coronel Castillo y el Judas de ese cenáculo, el aleve Victoriano Huerta. En dicha junta se decidió el plan de combate que se desarrollaría al día siguiente; contándose para llevarlo a cabo, con



SR. LIC. D. JOSE MARIA PINO SUAREZ.

los elementos mencionados y además con el 7° Regimiento, el Batallón de Tenango, el 1er. Regimiento de Caballería, varias fracciones de diversos cuerpos rurales y 250 voluntarios de Coahuila.

En estas condiciones y disponiendo de facultades extraordinarias en los ramos de Hacienda y Guerra, según decreto expedido por la Comisión Permanente, se emprendió la mañana del 11 el

Ataque a la Ciudadela

Los caudillejos que desde el 9 se habían apoderado por sorpresa de este importante depósito de armas y pertrechos, tuvieron tiempo de sobra para prevenir el ataque de los leales que, como era de suponerse, no tardaría en realizarse.

Procedieron, pues, a emplazar en las bocacalles de Balderas, Arcos de Belén y Avenida Hospital, piezas de grueso calibre, situando en las azoteas del edificio y de las casas contiguas, en tres cuadras a la redonda, algunas ametralladoras y regular número de tiradores.

Reclutaron combatientes, entre los aventureros y vividores de la hampa callejera, engrosando asimismo sus escasos efectivos, con los troneras políticos que aún suspiraban por la resurrección del régimen caido.

Y como disponían del oro que proporcionó en abundancia la escoria de judíos y científicos que por generosidad maderista aún permanecía en México, pudieron hacer considerable acopio de víveres, comprando almacenes completos, y pagar altos haberes a los mercenarios que, ilusos, se incorporaban en sus filas.

En tales preparativos transcurrió el resto del domingo y todo el día 10.

Para los asustadizos habitantes metropolitanos, ese tiempo fué de zozobra y de la más cruel incertidumbre....

A las diez de la mañana del 11, la ciudad espectante, escuchó, con pavor, el primer cañonazo felicista. Dicho disparo dirigido a lo largo de las calles de Balderas, señaló el principio del gran combate que con leves interrupciones y un armisticio formal de 12 horas, duró ocho días que parecieron eternos.

De acuerdo con el plan adoptado en la Junta a que antes se hizo mención, cuatro poderosas columnas mixtas atacaron simultáneamente a la fortaleza infiel: por el norte la encabezada por el general Cauz, por el sur la del general Mass y hacia el oriente y oeste las comandadas, respectivamente, por los generales José M. Delgado y Felipe Angeles.

Las dos primeras fueron las que desde luego entraron en acción con el mayor ardimiento. El repetido general Cauz logró emplazar una batería en la esquina de Balderas y Avenida Juárez y dos ametralladoras en las torres del templo de San Hipólito, con las que emprendió un conato de asalto empleando fuerzas de infantería. Este fracasó, teniendo que lamentarse ochocientas bajas entre muertos y heridos. De los primeros fué el bravo coronel Castillo, Jefe del 7º Regimiento.

Un segundo ataque, combinado con las tropas que operaban por el rumbo de San Miguel, produjo los mismos ineficaces resultados. En él se distinguió el coronel Francisco Romero, Presidente de la Cámara de Diputados, que graciosamente ofreció sus servicios personales en defensa de la legalidad.

A partir de tan terribles momentos, el combate se hizo general y encarnizado en grado máximo. Multitud de metrallas cruzaban el espacio entre San José, San Miguel, San Antonio Abad, el cuartel de la Montada, el costado poniente de la Alameda por una parte y la Ciudadela por la otra; el monótono y acompasado traquetear de las ametralladoras era incesante y el estridente silbar de las balas crispaba los nervios. El sacudimiento trepidatorio producido por el estallido de los cañones hacía cimbrar a los edificios desde su base, rompiendo los cristales de las vi-

drieras, y los balines lanzados por las granadas al explotar, llevaban la muerte hasta los sitios más apartados de la ciudad.

En algunos de los asaltos intentados después del 11, los defensores de la legalidad encabezados por el Mayor Hernández y el capitán Ernesto Robert del 39, llegaron a apoderarse del Parque de Ingenieros y de la Cárcel de Belén, desde cuyos puntos estratégicos dirigieron sus fuegos certeros sobre los sediciosos, causándoles numerosas bajas. Desgraciadamente estas posiciones no fueron sostenidas con las reservas necesarias, pues ya la traición acechaba todas las oportunidades para herir, a mansalva al Gobierno constituido.

Huerta, el infame a quien se había otorgado el mando superior del Ejército y que en automóvil recorría diariamente la línea de combate, mandó debilitar dichos puntos hasta que al fin fueron abandonados en manos enemigas. En cambio, destinaba a carne de cañón a los patriotas voluntarios reclutados por el general Cándido Aguilar y a los fieles rurales de Gabriel Hernández, enviándolos en columnas cerradas al asalto de la muerte....

Ocho días duró este juego trágico del más criminal de los hombres y del más desleal de los Iscariotes.

Nerón celebró con festines el incendio de Roma, durante una noche de locura regia. Huerta superó en crueldad al sanguinario emperador romano: ébrio de alcohol y de sangre contempló con fruición, durante ocho días, la terrible agonía de la mísera ciudad de México.

***

La traición es consumada

Cerca del medio día del 18, el Ejecutivo de la Unión, asistido por sus ayudantes, celebraba acuerdo con algunos de los Se-

cretarios de Estado en las salas presidenciales. ¡Cuán lejos estaba de que momentos antes, Huerta, en connivencia incalificable con Blanquet, Mass, Yarza, Rubio Navarrete, García Hidalgo, etc., había determinado agregar al cuartelazo del 9 otro más inícuo aún, estigmatizado con las agravantes de la ingratitud, la ambición y la perfidia!

Presentáronse, efectivamente, de improviso, el teniente coronel Jiménez Riveroll y el Mayor Izquierdo con gente del 29º, intimando en nombre del Ejército la prisión del señor Madero. El impasible funcionario, en merecida contestación, disparó su revólver sobre el sayón que había llevado su osadía hasta el extremo de realizar el estupendo y cobarde atentado. Y como si se tratara del suceso más natural, salió al balcón a arrengar a la guardia, ignorando que ésta había sido substituida arteramente con hombres del fatídico batallón citado. Descendió en seguida por el elevador al patio de honor, en donde ya lo acechaba Blanquet, quien pistola en mano lo hizo prisionero.

Simultáneamente fueron aprehendidos el Vicepresidente y la mayor parte de los Ministros, haciéndose otro tanto con don Gustavo Madero que en céntrica fonda almorzaba, confiado, en compañía de los generales Francisco Romero y José Delgado.

Conseguido el aseguramiento de las primeras personalidades del Gobierno, el plan de los traidores pudo desarrollarse en lo de adelante sin el menor tropiezo.

Se llevó a cabo, en el resto del día, la más encarnizada persecución contra algunos diputados del grupo «renovador,» contra los principales «leaders» maderistas y contra los políticos más connotados del régimen que se trataba de derrocar; iniciáronse, al mismo tiempo, los preliminares del ignominioso convenio, baldón de nuestra historia, conocido con el nombre de «Pacto de la Ciudadela.»

Las bases de este nuevo Tuxtepec, fueron firmadas a las 9.30 de la noche por Huerta y Félix Díaz, asesorado el primero

por Mass y el ingeniero Cepeda y el segundo por los licenciados Fidencio Hernández y Rodolfo Reyes.

Se intentaron, además, los primeros trámites para obtener, de grado, la renuncia de los CC. Presidente y Vicepresidente de la República.

¡Villanos procedimientos, netamente científicos, aquéllos en que por una parte se empleaba la coacción y la fuerza bruta para derrocar a una autoridad legítima, y por la otra se enviaba una comisión de representantes a suplicar a esa misma autoridad la dimisión de su cargo!

¡Se realizaba, sin empacho, un atentado proditorio y se le cubría por razones de Estado con el manto de la legalidad!

¡La hiena inmunda vistiéndose con la piel del inocente cervatillo!

Las renuncias de los señores Madero y Pino Suárez fueron llevadas, al fin, a la Cámara y discutidas en la sesión de la tarde del 19, aprobadas por mayoría: la del señor Presidente por 123 votos contra la opinión de los viriles ciudadanos Escudero, Pérez, Rojas, Alardín y Hurtado Espinosa y la del Vicepresidente por 118 votos afirmativos contra 10 de la negativa.

¡La traición fué consumada y la ambición satisfecha!

¡El sueño orgiástico del alcohólico se convertía en espantosa realidad!

¡El ciego de Bachimba, ¡qué sarcasmo! se hacía Presidente de una República libre!

*
* *

Inmolación de los Patricios

Los ilustres prisioneros fueron confinados primeramente en uno de los departamentos de la Comandancia Militar y trasladados después a los de la Intendencia del Palacio, siendo cus-

todiados por centinelas de vista, poseedores de la más severa consigna.

Allí permanecieron hasta el día 22, en que sacados de su celda fueron conducidos al sacrificio.

¿Cómo fué éste?

La versión oficial de todos conocida, lo relató de un modo tonto y perverso; la voz de la calle lo refirió, aproximándolo a la verdad, de mil maneras diversas, y el sicario Francisco Cárdenas que lo ejecutó, lo describe en una de sus declaraciones en la forma siguiente:

«Ese día, como a las seis de la tarde, me mandaron llamar a los salones de la Presidencia y hablé con mi general Mondragón, quien me dijo: Sabemos, Cárdenas, que usted es hombre y sabe hacer lo que se le manda. El que mató a un Santanón, debe con facilidad matar a un Madero. El general, después de escuchar mi contestación afirmativa, me indicó que podía retirarme y que estuviera listo con mis hombres, escogiéndolos de confianza, pues el primero que dijera una frase de lo que se iba a hacer sería fusilado.

»Como a las ocho y media de la noche y cuando ya tenía mis hombres listos, se me mandó llamar por el mismo general Mondragón, quien me ordenó que sacásemos a los señores Madero y Pino Suárez de los alojamientos donde se encontraban y los lleváramos a la Penitenciaría para que allí, en uno de los patios, procediéramos a su ejecución. Después de recibida esta orden, yo y mis hombres nos dirigimos a tomar a los reos del lugar en que se hallaban. El señor Madero incorporándose, me dijo encolerizado:—«¡Qué van a hacer conmigo! Cualquier atropello que se haga, no será a mí, sino al Primer Magistrado de la Nación.»—Nada contesté, me limité a poner al Presidente entre los rurales y poco después hacía lo mismo con el licenciado Pino Suárez quien no protestó, pidiendo solamente se avisara a su familia sobre el sitio a donde se le llevara.

»Salimos yo y mi gente con los prisioneros, cuando al pasar por uno de los pasillos que hay en el patio de honor, el señor Madero protestó con energía y hubo un momento en que dió un bofetón en el rostro a uno de los guardas que estaba más cerca de él. Los gritos de protesta continuaban y entonces me apresuré a participarlo al general, comprendiendo que era expuesto sacarlo de allí con escándalo.

»En uno de los salones de la Presidencia, creo que fué en el Amarillo, me encontré a los generales Victoriano Huerta y Manuel Mondragón, así como a otras personas que no conocía y en seguida expuse lo que pasaba.

»Mi general Mondragón mesándose con ira los cabellos, se levantó de su asiento y me dijo:— Llévelos a una caballeriza y allí los remata. Esta orden la aceptaron las personas que con él estaban, agregando Huerta esta frase:— Lo que ha de ser.... que sea.

»Esperaba nuevas órdenes cuando el general Mondragón, encolerizado, exclamó:—«Sobre la marcha; luego.»

»Salí de allí y poco después entrábamos a una de las caballerizas.

»Los prisioneros, al ver aquéllo, comprendieron lo que les esperaba y protestaron con frases duras para mi general Huerta. Mas como la orden tenía que cumplirse, a empellones los hice entrar al interior de la caballeriza donde los puse al fondo para que mis muchachos tiraran.

»El Vicepresidente fué el primero que murió, pues al ver que se le iba a disparar comenzó a correr; dí la orden de fuego y los proyectiles lo clarearon hasta dejarlo sin vida, cayendo sobre un montón de paja. El señor Madero vió todo aquello y cuando le dije que a él le tocaba, se fué sobre mí, diciéndome que no fuéramos asesinos, que se mataba con él a la República. Yo me eché a reir y cogiéndolo por el cuello, lo llevé contra la pared, saqué mi revólver y le disparé un tiro en la cara, cayendo en

seguida pesadamente al suelo. La sangre me salto sobre el uniforme.

»Muertos los dos, así lo participé al general Mondragón, quien metió mano al bolsillo y me dió un rollo de billetes, agregando:— «Eso es para usted y su gente.»

»Después los pusimos en el automóvil y al llegar a las calles de Lecumberri, bajé a mis guardias y ordené que dispararan sobre el vehículo. Los muchachos así lo hicieron y poco después entregué los cadáveres al director de la Penitenciaría.»

***

Lo anterior es, en esencia, el cínico relato del asesino; es la confesión inconsciente y descarada de un malvado, hecha en momentos de excitación alcohólica a un policía confidencial, disfrazado de periodista.

¡Baldón para el menguado que esgrimió el arma homicida!

¡Maldición eterna para los directores intelectuales de tamaño delito!

General Don Venustiano Carranza

El señor Carranza vió la luz el 29 de diciembre de 1859, en Cuatro Ciénegas, cabecera de municipalidad del Estado de Coahuila.

Hizo estudios elementales en la escuela de su pueblo natal, transladándose en compañía de sus padres, el señor don Jesús Carranza y doña María de Jesús Garza, al Saltillo, en uno de cuyos planteles terminó la instrucción primaria. Emprendió con decisión la enseñanza superior: primero en el «Ateneo Fuente» del propio Saltillo, donde permaneció dos años, y luego en la Escuela Preparatoria de la Capital de la República, en la que cursó hasta el 4º año.

Obligado, por enfermedad, a suspender estudios con tan buenos auspicios comenzados, vivió algún tiempo en los Estados Unidos, regresando más tarde a la Villa de su origen, para dedicarse por entero a la ganadería y al cultivo de la tierra.

A los 28 años disfrutaba una vida tranquila e independiente y era de tal modo estimado y respetado por sus coterraneos, que éstos no vacilaron en confiarle la Presidencia Municipal, en el preciso momento que las Oficinas del Ayuntamiento eran un caos. Dedicábase con tesón y singular esmero a reorganizarlas, cuando, para no obedecer una inopinada consigna del Ejecutivo del Estado, se vió urgido a renunciar dicha Presidencia.

Nuevos y trascedentales acontecimientos políticos lo obligaron a romper lanzas con el propio Ejecutivo, que en el tiempo que reseñamos, estaba desempeñado por el C. José M. Garza Galán.

Se trataba de representar en Coahuila, el acostumbrado sainete electoral para la reposición de Poderes. Tratándose de Gobernador, el caudillo oficial era el mismo Garza Galán y el designado del pueblo el licenciado don Miguel Cárdenas.

Ninguno de ambos contendientes obtuvo la Primera Magistratura del Estado, pues levantado en armas el digno pueblo coahuilense bajo la jefatura de los hermanos Carranza y de don Francisco Z. Treviño, se hizo necesaria la intervención del general Díaz, para hacer surgir y prosperar una candidatura de transacción: la del licenciado don José María Múzquiz.

Nuestro ilustre biografiado desempeñó papel principalísimo, tanto en la organización y sostenimiento de la revuelta, como en las negociaciones diplomáticas, entabladas con el general Díaz para eliminar a Garza Galán.

Ya sin trabas ni consignas, ejerció nuevamente la Presidencia Municipal de Cuatro Ciénegas, durante tres períodos, llevándolo sus relevadas dotes administrativas a la Cámara local, en calidad de Diputado, y después al Congreso Federal, como Senador.

Siendo Gobernador en 1908, el citado señor Cárdenas, y habiéndose visto precisado a separarse temporalmente del ejercicio de su cargo, la Diputación coahuilense llamó al señor Carranza para que lo sustituyera, habiendo desempeñado el interinato con beneplácito general. En ese tiempo, le fué dado llevar a cabo, con toda la pompa de su trascendente finalidad, la inauguración de la Escuela Normal para Profesores.

El licenciado Cárdenas, entretanto, hacía pública su determinación de renunciar la Primera Magistratura del Estado y ante esa espectativa, el pueblo consciente y los políticos honrados y

progresistas, pensaron en los beneficios que aportaría la candidatura del señor Carranza. Esta fué aceptada con júbilo y festejada sincera y espontáneamente, no sólo en la capital sino hasta en los últimos pueblos del confin de los distritos. El recién partido antirreeleccionista y su eminente fundador don Francisco I. Madero, patricinaron asimismo dicha candidatura y la hubieran hecho efectiva a no haber mediado la maléfica influencia de la fórmula Díaz–Corral, que trataba de imponerse en esos momentos históricos al sufrido pueblo mexicano.

La candidatura del pueblo, repetimos, fué la del señor Carranza, hijo y leal servidor de ese mismo pueblo que lo proclamaba; la del Gobierno del Centro fué la del corralista Práxedis de la Peña.

En la pugna política que con tal motivo se realizó y en la que intervino como mediador del Centro el general Jerónimo Treviño, acaecieron algunos incidentes que la Historia debe guardar, para honor o mengua de sus protagonistas.

Helos aquí:

El citado general Treviño, designado tutor de la política coahuilense y portador, por consecuencia, de la consigna oficial, ordenó la renuncia del Gobierno al licenciado Cárdenas y de su candidatura al señor Carranza. Ambas disposiciones fueron virilmente desobedecidas. El citado licenciado no renunció, sino pasó el poder al señor don Encarnación Dávila, con profundo disgusto del Dictador, y el señor Carranza contestó al general Treviño con estas célebres palabras: «Diga usted al Presidente que mientras haya un solo ciudadano que trabaje por mi candidatura, no la renunciaré, porque estoy dispuesto a aportar las consecuencias que me resulten de esta determinación, cualesquiera que ellas sean.»

El aludido señor Carranza se constituyó por convicción cívica y con anuencia entusiasta del pueblo, en el defensor de la Soberanía del Estado.

En nueva conferencia que sostuvo con el repetido general Treviño, se le indicó el deseo del general Díaz de pasar a México de hablar con él, a cuya insinuación contestó: que si se le llamaba para renunciar su candidatura *podía decírsele al Presidente, que el viaje resultaría inútil.*

La debilidad y apocamiento de los individuos y de las sociedades en aquella época de oprovio y de sevicia, dió el triunfo, al fin, al Poder.

Don Miguel Cárdenas renunció la gubernatura, previo viaje a la metrópoli, y el Congreso local, antes digno, cambió su actitud, designando al licenciado de la Peña para Gobernador interino.

Apenas tomó posesión de su puesto el nuevo mandatario, se apresuró a remover a las autóridades políticas que en las cabeceras de distrito y de municipalidad pudieran, por independencia cívica y adhesión al candidato atropellado, poner obstáculos a las decisiones del Centro. Ya en terreno preparado, se llevó a efecto la usual mojiganga electoral, resultando de ella como Gobernador del Estado el licenciado Jesús del Valle. Este, a su vez, prepararía, fomentaría y cerraría con broche de oro la serie de consignas inícuas, postulando en las próximas elecciones al general Díaz para Presidente y a don Ramón Corral para Vicepresidente.

Ante semejante desfachatez, y tanta indignidad, el señor Carranza quiso desligarse por completo del nauseabundo medio oficial reinante. Solicitó licencia ilimitada para separarse del Senado, renuncia que con fines aviesos le fué negada.

No fué esto óbice que se opusiera a sus inquebrantables y levantados propósitos. Había determinado llevar adelante, en calidad de simple ciudadano, la lucha política más desigual e injusta que recuerda la historia, y, animoso y decidido, sabiendo que con su entereza jugaba el sacrificio de sus intereses y quizás la vida misma, abrazó con fe ardientísima la causa antirreleccionista que dirigía el fogoso *leader* don Francisco I. Madero.

En su calidad de correligionario de buena cepa, no pudo per-

manecer indiferente ante la burla inferida al pueblo en los comicios de 1910; altivo y más que nunca resuelto, entró de lleno a la revolución, abandonando familia, propiedades, pueblo natal y toda suerte de afectos y vínculos, para encaminarse entre incontables peligros a San Antonio Texas, ciudad en la que se estableció la *Junta Directiva de la Revolución Mexicana.*

El señor Madero hizo justicia a los méritos personales e ideas avanzadas del señor Carranza y, conceptuándole desde el principio como uno de los miembros más prominentes y de mayor influjo en aquella Junta, lo designó Gobernador Provisional del Estado de Coahuila y Jefe de la Zona Militar que comprendía dicho Estado y los de Nuevo León y Tamaulipas.

El simple anuncio de tan acertado nombramiento, fué suficiente para levantar, en grado máximo, el espíritu belicoso de los revolucionarios de las citadas Entidades, muy particulamente de los coahuilenses.

El apellido «Carranza» voló en alas de la Fama de uno a otro confín del país y llegó, como es natural, a los oídos del prócer metropolitano. El general Díaz comprendió, sin trabajo, que con tan conspícuo paladín de las nuevas ideas, la lucha sería para el Gobierno Federal más desventajosa.

Se apresuró, pues, a insinuar por medio de agentes especiales los convenios extraoficiales de paz, que son de todos conocidos, y que fracasaron felizmente, debido a la sólida dialéctica y al radicalismo tenaz de don Venustiano Carranza, miembro distinguido de la comisión de revolucionarios designada al efecto.

Demostró y sostuvo desde el primer momento de las conferencias, la condición *Sine qua non*, de la renuncia del Presidente y de sus Secretarios de Estado.

Cumplida a satisfacción tan árdua y delicada misión diplomática, asistió con el señor Madero a la toma de Ciudad Juárez, siendo nombrado al establecimiento del Gobierno Provisional de

la República en la propia ciudad, Secretario del Despacho de Guerra y Marina.

Llevadas al terreno netamente oficial, nuevas negociaciones de paz, y pactadas las condiciones de ésta, se convino en que el señor Carranza ocuparía interinamente la gubernatura de su Estado natal.

Fué al Saltillo a obedecer los mandatos de la Revolución triunfante y en el corto lapso de dos meses que desempeñó el mando, realizó el prudente licenciamiento de las fuerzas insurgentes, redujo el oneroso impuesto minero, suprimió la capitación y demás contribuciones personales que lesionaban los intereses de sus coterráneos, mejorando, como por ensalmo, el estado deplorable de la hacienda pública.

Solicitado por el sincero deseo de sus conciudadanos para proclamar su candidatura como Gobernador Constitucional durante el período de 1911 a 1913, dejó el interinato que temporalmente ejercía, para realizar una perfecta girá política, mejor dicho, un paseo triunfal, a través del territorio del Estado.

Su presencia fué aclamada y brillantemente festejada hasta en los más humildes villorrios.

El Gran Partido Liberal Coahuilense que lo postulaba, vió coronados sus fáciles trabajos de propaganda, con el éxito más lisonjero: don Venustiano fué electo Gobernador por unanimidad de la opinión.

Su gestión administrativa en la época que reseñamos es de todos conocida. Vívida y grata sin ponderación, la recuerdan y la recordarán, por siempre, los dignos hijos del Estado de Coahuila.

Laborando franca y sabiamente en bien de sus gobernados, lo sorprendieron los infaustos sucesos del 9 de febrero de 1913.

Al mismo tiempo que todos los gobernadores, recibió la Circular Telegráfica del Centro en que, con estupendo cinismo se le comunicaba al atentado más abominable que registra la Historia:

Los señores Madero y Pino Suárez, Presidente y Vicepresidente de la República, habían sido aprehendidos el 19 de febrero de 1913 por un felón, el general Huerta, y vilmente asesinados por el mismo, pocos días después. Huerta se daba a conocer como Presidente Provisional con fecha 20 del citado mes.

Un grito de suprema indignación fué la contestación al villano telegrama.

El indomable pueblo coahuilense con su dignísimo Jefe a la cabeza, e inspirado por él, se aprestó bravamente a la lucha.

El delito de lesa civilización no podía permanecer impune. El ogro que lo había consumado, debía ser terrible e inexorablemente castigado.

La sangre, humeante aún, de los mártires, reclamaba una expiación....

El C. Gobernador don Venustiano Carranza, por sentimientos propios y acatando una imperativa disposición del Congreso del Estado, llamó a las armas a los mexicanos para combatir la usurpación y restablecer cuanto antes el Gobierno Constitucional interrumpido.

Su viril y terrible llamamiento fué cristalizado en el célebre Plan de 26 de marzo del citado 1913, firmado en la Hacienda de Guadalupe, por los primeros patriotas, que desde entonces constituyeron el más admirable núcleo revolucionario. Al día siguiente se hicieron solidarios del Plan, las guarniciones de Piedras Negras y Monclova, y poco después toda la frontera ardía lhermosa conflagración! con la sagrada llama del patriotismo.

Los ya ilustres nombres de Alvaro Obregón, Pablo González, Ignacio L. Pesqueira, Lucio Blanco, Cesáreo Castro, etc..-. alcanzaron entonces celebridad.

Con talento organizador que sorprende y mediante el valioso contingente de los generales susodichos, el señor Carranza trazó y ejecutó, con mano maestra, un vasto plan militar, en virtud del

cual las huestes federales eran traidas de derrota en derrota hasta la ciudad de Torreón.

Y a la par que resolvía los más complejos problemas guerreros, hacía germinar ideas precisas y claras sobre la manera más práctica y viable de realizar las reformas e ideales que constituían el compromiso del movimiento revolucionario.

Esas ideas expresadas el 18 de abril, ante los delegados al Convenio de Monclova, revelaron en el señor Carranza a un perfecto estadista. Fueron las mismas ideas de Gobierno que ratificó en la Capital de la República la tarde memorable del 3 de octubre de 1914, en el recinto de la Cámara de Diputados, y que había de refrendar después, durante su permanencia en Veracruz.

El triunfo de la causa Constitucionalista, ganaba terreno en el campo de batalla y en el de la opinión. En vano intrigaba la reacción ante los Gobiernos extranjeros. En vano el traidor enviaba gruesas chusmas de soldados de leva, a contener el empuje avasallador de los bravos insurgentes.

Inútil fué, igualmente, que el Gobierno usurpador realizara el delito de lesa patria provocando la intervención americana, y especulara desvergonzadamente con el sentimiento popular con miras personalistas. El dignísimo representante de la Soberanía de México reprobó, en principio, tal intervención y contribuyó más tarde, mediante su activa y patriótica gestión diplomática, a la desocupación del puerto de Veracruz.

La actitud del Primer Jefe fué firme, serena, inconmovible...

Así lo revelan los últimos sucesos reseñados y las siguientes contestaciones que una a una fué concediendo a las personas y gremios que con propósitos de paz a él se dirigieron:

«Al triunfo de la Causa de la Restauración del orden Constitucional que represento, se establecerá la paz en mi país.» Tal fué la resolución que recibió un grupo de corporaciones que insinuaron el término de la revuelta.

Al mensaje especial del gran político Maura, expresó: «Ha-

brá paz y prosperidad en mi país, cuando hubiere concluido hasta el fin, con el deber que la Nación me impone de restablecer el orden Constitucional y castigar a los que lo alteraron.»

Don Benito Pérez Galdós, cablegrafió: «Quisiera que mi voz fuese hoy la voz de España, para deciros una palabra: «PAZ». El señor Carranza, contestó: «España estaría en guerra, si en ella se hubiesen desarrollado los acontecimientos que en mi Patria, pues juzgo tan digno al pueblo español como a mi pueblo.»

El ilustre dramaturgo Echegaray clamaba: «Los hijos de España piden a sus hermanos de México acaben luchas guerreras con abrazo fraternal». Contestación: «Es imposible que termine la lucha en mi Patria sin que se castigue a los autores de un gran crimen».

El eminente Rodríguez San Pedro, a su vez expuso: «Numerosísima reunión celebrada Unión Ibérica Americana, inspirándose amor a México, ruégale contribuya término guerra civil.»

Respuesta: «Terminará guerra civil cuando se restaure orden Constitucional».

El cablegrama del señor Azcárate: «Hago fervientes votos pacificación generosa y patriótica», fué correspondido así: «La paz se restablecerá en mi Patria después que se haya cumplido un acto de justicia nacional que reclaman los acontecimientos de febrero último».

La guerra continuó .....

A la caida de Torreón, Huerta «el chacal» y sus cachorros, huyeron despavoridos, poniendo al Océano de por medio.

El general Carranza y su pléyade de valientes, entraron triunfantes a la Capital de la República en agosto de 1914.

Mas la reacción vencida aún alentaba....

Era preciso decapitarla.

Y así fué: El Primer Jefe del Ejército se transladó a Veracruz para asestar al mónstruo el golpe de gracia.

De la ciudad cuatro veces heróica, salieron, cual del Sinaí

Revolucionario, los rayos de fuego y de metralla que aniquilaron al villismo en Celaya y al zapatismo en México.

Y entre el brillo deslumbrador de los disparos, entre el horrísono estruendo del combate, en medio del clamor universal, el pueblo irredento recibía, en forma de importantísimos decretos, las novísimas Tablas de la Ley.

¡Salve, Moisés del pueblo mexicano!

PUBLICACIONES DE LA MISMA LIBRERIA

ROQUE ESTRADA

La Revolución y Francisco I. Madero. Primera, segunda y tercera etapas.

Momento Psicológico.

GONZALO DE LA PARRA

De cómo se hizo revolucionario un hombre de buena fe.

GUILLERMO MELLADO

Crímenes del Huertismo.

Tres Etapas Políticas de Don Venustiano Carranza. (Campañas del Cuerpo de Ejército de Oriente.)

DR. SALVADOR QUEVEDO Y ZUBIETA

Huerta.

LIC. MANUEL BRIOSO Y CANDIANI

Las Causas de nuestra Revolución. (Apuntes para la filosofía de la Historia en México.)

CARLO DE FORNARO

México tal cual es.

ROBERTO VILLASEÑOR

El Separatismo en Yucatán. (Novela histórico-política-mexicana.)

HERIBERTO FRIAS

Los Piratas del Boulevard.

Miserias de México. (Novela.)

El Triunfo de Sancho Panza. (Novela.)

FERNANDO DEL CORRAL

Kaleidoscopio.

AMADOR DE CAMPOMANES

Liba. (De otros días.) Novela.

Piedras del Camino. Novela.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

Tabaré.

OBRAS DE

OCTAVIO C. CAMPERO

EN PRENSA:

LA LEY DE AMNISTIA

Estudio político-histórico.

EL OTRO

Comedia dramática en tres actos y en prosa.

EN PREPARACION:

MADERO

Estudio critico-politico-social.

CARTUCHOS QUEMADOS

Colección de artículos políticos.

Librería de Andrés Botas

1ª BOLIVAR, 9. MEXICO, D. F.

LIBROS DE OCASION
Mesones 119 - 2
México 1, D. F.

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

BRIEF
FC
0010379

01807603

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 03 14 12 004 5